

ACTAS DEL
VIII CONGRESO INTERNACIONAL
DE LA
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE
LITERATURA MEDIEVAL

SANTANDER

22-26 de septiembre de 1999

PALACIO DE LA MAGDALENA

Universidad Internacional

Menéndez Pelayo

Al cuidado de

MARGARITA FREIXAS Y SILVIA IRISO

con la colaboración de Laura Fernández

CONSEJERÍA DE CULTURA
DEL GOBIERNO DE CANTABRIA
AÑO JUBILAR LEBANIEGO
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL
SANTANDER

•MM•

ACTAS DEL
VIII CONGRESO INTERNACIONAL
DE LA
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE
LITERATURA MEDIEVAL

SANTANDER

Escuela de Estudios Medievales
Palacio de la Magdalena
Universidad de Cantabria
41013 Santander, España

Al cuidado de

MARGARITA BRIBAS Y SILVIA TRISO
con la colaboración de Lucía Rodríguez

@ Asociación Hispánica de Literatura Medieval

Depósito legal: SA-734/2000

Carolina Valcárcel

Tratamiento de textos

Gráficas Delfos 2000, S.L.

Carretera de Cornellá, 140

08950 Esplugues de Llobregat

Impresión

LAS «HISTORIAS» CABALLERESCAS EN LA IMPRENTA TOLEDANA (III). LA PROSA CABALLERESCA Y LOS PRIMEROS AÑOS DE LA IMPRENTA EN TOLEDO

M^a CARMEN MARÍN PINA

Universidad de Zaragoza

EN LA ÉPOCA medieval Toledo fue un gran centro de actividad cultural. Durante los siglos XIII y XIV, y gracias al impulso de los arzobispos que ocuparon la sede toledana, se enriqueció la biblioteca episcopal y se creó un grupo o élite intelectual que propició el desarrollo de la narrativa. Toda la literatura castellana en torno a 1300 está relacionada de una u otra manera, como nos ha enseñado Orduna,¹ con el programa cultural elaborado en tiempos de Sancho IV por el círculo intelectual que rodeó al arzobispo toledano García Gudiel, círculo desde el cual se perpetuó la labor historiográfica y se impulsó el desarrollo de la prosa didáctica, incluido el *Cifar*, precedente de los libros de caballerías españoles.

La escuela catedralicia toledana no pierde este protagonismo cultural en los dos siglos siguientes y sus prelados desde dentro y fuera del Cabildo, entre tensiones políticas y luchas de poder, conforman pequeños grupos intelectuales donde se gesta igualmente buena parte de la literatura del momento. En la segunda mitad del siglo XV el arzobispo Alonso Carrillo, paladín de los movimientos políticos propugnados por los Manrique, consejero y defensor de Isabel y Fernando, hace de su casa uno de los más importantes centros sociales de Castilla;² en su salón se discute de poesía y a través de los versos de los *dezires* y coplas se abordan también temas de hondo calado político como el de la gobernación o el de la prioridad de la caballería sobre la realeza, debates poéticos en los que participaron, entre otros,

¹ G. Orduna, «La élite intelectual de la escuela catedralicia de Toledo», en *La literatura en la época de Sancho IV (Actas del Congreso Internacional «La literatura en la época de Sancho IV»*, Alcalá de Henares, 21-24 de febrero de 1994), ed. C. Alvar y J.M. Lucía Megías, Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares, 1996, pp. 53-62.

² A. Serrano de Haro, *Personalidad y destino de Jorge Manrique*, Gredos, Madrid, 1966, pp. 216 y ss. Para esa poesía caballerescas desarrollada en sus salones, véase su edición de Jorge Manrique, *Poesía*, Alhambra, Madrid, 1986, pp. 42-43.

importantes poetas del momento como el corregidor Gómez Manrique, Rodrigo Cota o Pero Guillén.

Fuera de estos salones arzobispaes, el Cabildo toledano comienza a sentir la reforma religiosa propugnada por el austero Francisco Jiménez Cisneros, cuya meteórica carrera religiosa y política Alonso Carrillo no pudo frenar. El confesor de la reina Isabel alcanza la sede primada a la muerte de su protector el cardenal Pedro González Mendoza (1495) y con su nombramiento se inicia una serie de cambios que afectarán a la vida religiosa y cultural de Castilla y, en concreto, de Toledo. Una de las primeras y principales empresas cisnerianas es la reforma religiosa, para la cual el prelado planea una labor editorial que abarca la liturgia, la *devotio* moderna, las ciencias bíblicas y las fuentes del pensamiento cristiano,³ un primer gran proyecto cultural y religioso que comienza su andadura en tierras toledanas.⁴ Preocupado por la dignidad del culto catedralicio y por la conducta de los miembros de la corporación toledana, Cisneros encargó al canónigo Alonso Ortiz ediciones litúrgicas de los textos romanos y mozárabes que fueron patrocinadas por el mercader librero Melchor Gorrício, estrecho colaborador del Cardenal y columna vertebral de la imprenta toledana incunable. El *Misal* y el *Breviario* mozárabes, impresos en Toledo por Hagenbach, fueron las primeras obras dispuestas por Cisneros con unas miras que anticipan la grandiosa obra complutense de la *Políglota*.⁵

La segunda iniciativa editorial cisneriana, dentro del marco de la reforma en curso, son las ediciones de literatura devota, encaminadas a suplir la carencia de obras espirituales para los monasterios femeninos y personas seglares individuales, y la edición de textos catequéticos y pastorales para las parroquias de la diócesis con las que orientar la práctica sacramental. Para la edición de estas obras en romance, Cisneros cuenta en Toledo con la colaboración de un grupo de traductores e impresores, entre los que destacan Hagenbach (1500-1503) y, en menor medida, Villaquirán (1500-1524).⁶

³ J. García Oro, *El Cardenal Cisneros. Vida y empresas*, II, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1993, p. 485.

⁴ Salvadas las diferencias iniciales, las relaciones del Cardenal con el Cabildo fueron de colaboración y de mutuo aprecio, véase J. Meseguer Fernández, «Relaciones del Cardenal Cisneros con su Cabildo Catedral», en *V Simposio Toledo Renacentista (Toledo, 24-26 Abril 1975)*, I, Publicaciones del Centro Universitario de Toledo-Universidad Complutense, Madrid, 1980, pp. 25-147.

⁵ J. Meseguer Fernández, «Relaciones del Cardenal Cisneros con su Cabildo Catedral», p. 90; J. García Oro, *El Cardenal Cisneros*, II, p. 473. Para las obras patrocinadas por Cisneros, véase también el catálogo confeccionado por P. Sáinz Rodríguez, *La siembra mística del Cardenal Cisneros y las reformas en la Iglesia*, Universidad Pontificia de Salamanca-Fundación Universitaria Española, Madrid, 1979, pp. 94-111.

⁶ Para sus colaboradores, véase J. García Oro, *El Cardenal Cisneros*, II, pp. 485-486. Entre ellos figura también Diego López de Ayala, canónigo toledano y agente de Cisneros en la corte, cuya faceta cultural como difusor de la literatura italiana, incluidas obras caballerescas, tras la muerte del prelado ha sido estudiada por J. Gómez-Montero, «La imperial ciudad de Toledo, un foco de irradiación de la literatura italiana en la España de Carlos V», en *Sevilla en el imperio de Carlos V: encrucijada entre dos mundos y dos épocas. Actas del Simposio Internacional celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Colonia (23-25 de junio de 1988)*, ed. P.M. Piñero Ramírez y C. Wentzlaff-Eggebert, Universidad de Sevilla-Universidad de Colonia, Sevilla,

El libro incunable toledano, ampliando el concepto de incunable hasta los dos primeros decenios del siglo XVI, gira, pues, en torno a la catedral y a la empresa editorial cisneriana. Los impresores citados fatigan sus prensas con la edición de libros litúrgicos y autores espirituales, fundamentalmente los consagrados en la Europa del siglo XV (San Buenaventura, Juan Gerson, San Juan Clímaco, Santa Catalina de Siena, Santa Matilde, la beata Ángela de Foligno, etc.), obras legislativas y de carácter práctico y, muy puntualmente, con otro tipo de libros como pueden ser cancioneros y poco más de literatura popular. Las prensas toledanas no participan en otras empresas editoriales cisnerianas como la edición de la *Biblia Políglota* complutense o el incumplido proyecto de edición de las obras de Aristóteles, del que sólo quedan como testimonio los manuscritos que Vergara legó como tesoro personal a la biblioteca de la catedral de Toledo.⁷ A los colaboradores del Cabildo y a la imprenta toledana, Cisneros encomienda la empresa editorial de la reforma.

Las prensas se afanan principalmente en la impresión de estos libros y en las bulas de cruzada, pues el convento toledano de San Pedro Mártir, junto con el monasterio de Santa María del Prado, en Valladolid, alcanzan de la Corona el privilegio para su estampación,⁸ un trabajo apetecible que atrae incluso a impresores foráneos, como Juan Varela de Salamanca, afincado en Sevilla. En medio de este panorama editorial, la prosa caballeresca empieza a abrirse tímidamente paso a través de la edición de relatos caballescrescos breves, textos artúricos y troyanos, todos ellos dentro de la más rancia tradición medieval, y de los libros de caballerías, más abiertos a las modas renacentistas. La publicación de estos libros no entra, por supuesto, en los planes editoriales cisnerianos toledanos o complutenses, proyectos todos ellos de gran envergadura, sino que responde a las inquietudes de avispados impresores y libreros que vieron en la ciudadanía toledana un público potencial, un buen mercado para reeditar algunas viejas obras caballerescas y probar fortuna con nuevos títulos. La *Crónica Troyana*, la *Demanda del Santo Grial* y el *Clarián de Landantis*, obras publicadas entre 1512 y 1518, representan el renacimiento de la prosa caballeresca en Toledo a través de la imprenta.

1991, pp. 221-234. Para la actividad de los impresores citados, véase C. Pérez Pastor, *La imprenta en Toledo*, Imprenta y Fundación Manuel Tello, Madrid, 1887, trabajo actualizado por M.D. Ruiz Negrillo, *Impresos del siglo XVI en Toledo*, Universidad Complutense, Madrid, 1992; J. Vega González, *La imprenta en Toledo. Estampas del Renacimiento 1500-1550*, Diputación Provincial, Toledo, 1983; J. Delgado Casado, *Diccionario de impresores españoles (Siglos XV-XVII)*, II, Madrid, Arco/Libros, 1996.

⁷ Para éstas y otras actividades culturales cisnerianas, véase J. Meseguer Fernández, «Relaciones del Cardenal Cisneros con su Cabildo Catedral», pp. 90-91; P. Sáinz Rodríguez, *La siembra mística del Cardenal Cisneros*, pp. 46-47; J. García Oro, *El Cardenal Cisneros*, II, p. 495.

⁸ Para el privilegio de impresión de la bula de cruzada concedida al monasterio de San Pedro Mártir, la primera imprenta toledana de la que se tiene noticia, véase C. Pérez Pastor, *La imprenta en Toledo*, p. IX; J. Goñi Gaztambide, *Historia de la bula de la Cruzada en España*, Editorial del Seminario, Vitoria, 1958, p. 503; R. González Ruiz, «Las bulas de la catedral de Toledo y la imprenta incunable castellana», *Toletum*, XVIII (1986), pp. 11-180, citado por J. García Oro, *El Cardenal Cisneros*, II, p. 42.

1. LA «CRÓNICA TROYANA»: JUAN VARELA DE SALAMANCA, 1512

La *Crónica Troyana*, publicada en Toledo por Juan Varela de Salamanca en 1512, es una muestra más del interés que la materia troyana seguía todavía despertando en el público de principios del siglo XVI. Varela puso en manos de los lectores renacentistas una obra medieval cargada de historia, cuyos remotos orígenes hay que buscarlos cuando menos en los relatos de Dares el Frigio y Dictis el Troyano, fuentes directas del *Roman de Troie* (1155- 1165) de Benoît de Sainte-Maure y de la *Historia destructionis Trojae* (1272-1287) de Guido de Columna, quien adapta en prosa y en latín el poema francés anterior. De ambas obras pueden constituirse tres grupos de derivación textual en la Península Ibérica perfectamente estudiados por Gómez Redondo, grupos que dan cuenta del éxito alcanzado durante varios siglos por el tema troyano.⁹ Interesan en este momento para explicar la edición toledana dos de ellos: la *Historia Troyana* de Guido de Columna y las *Sumas de Historia Troyana* atribuidas a Leomarte. La primera, la *Historia Troyana* de Guido de Columna, al margen de los manuscritos latinos conservados que demuestran su difusión en España, fue traducida a finales del siglo XIV, primero al catalán por Jacme Conesa y luego al aragonés a instancias de Juan Fernández de Heredia. La traducción castellana de la *Estoria troyana* se la atribuye Fernán Pérez de Guzmán, en sus *Generaciones y semblanzas*, a Pero López de Ayala, si bien las versiones conservadas son dos traducciones no asignadas al Canciller: una anónima y miscelánea fechada hacia 1400 (Escorial Ms. L.II.16) y otra debida a Pedro de Chinchilla y datada en 1443.¹⁰ A mediados del siglo XIV se difunden igualmente las *Sumas de Historia Troyana*, sumas de unidades argumentales dispersas en torno a la materia de Grecia derivadas en parte de la obra de Guido de Columna. De las mismas se conocen dos manuscritos, uno de mediados del XIV y otro de principios del XV, así como unos resúmenes intercalados en el *Libro de las bienandanzas y fortunas* (1471 y 1476) de Lope García de Salazar.¹¹ Todos estos manuscritos y resúmenes demuestran la vitalidad que en el siglo XV tenía la historia troyana y justifican su recuperación y relanzamiento en el otoño de la Edad Media a través de la imprenta.

⁹ F. Gómez Redondo, *La prosa del siglo XIV*, Júcar, Madrid, 1994, p. 88. Para la difusión de la materia troyana en la Edad Media, véase A. Marcos Casquero, «El tema troyano en la Edad Media. Guido delle Colonne ¿traductor de Benoît de Sainte-Maure?», *Estudios Humanísticos. Filología*, XV (1993), pp. 79-99, y en concreto en España, véase A. Rey y A. García Solalinde, *Ensayo de una Bibliografía de las leyendas troyanas en la literatura española*, Indiana University, Bloomington, 1942.

¹⁰ Pese a ser un asunto controvertido, G. Orduna, en su edición del *Rimado de Palacio* (Castalia, Madrid, 1987, p. 36), sugiere que esta *Estoria de Troya* dada a conocer por el Canciller bien pudiera ser traducción de la obra latina de Guido de Columna. La versión castellana fragmentaria recogida en el citado manuscrito escorialense ha sido editada por F.P. Norris, *La Coronica Troyana*, University of North Carolina, Chapel Hill, 1970.

¹¹ Para sus fuentes y difusión, véase la introducción de A. Rey a su edición de *Leomarte, Sumas de Historia Troyana*, Anejo XV de la *Revista de Filología Española*, Madrid, 1932. Los mencionados resúmenes intercalados en las *Bienandanzas* han sido estudiados y editados por H.L. Sharrer, *The Legendary History of Britain in Lope García de Salazar's «Libro de las bienandanzas e fortunas»*, University of Philadelphia, Filadelfia, 1979.

A partir de toda esta rica tradición manuscrita, Juan de Burgos crea e imprime en Burgos, en 1490, la *Crónica Troyana*, un nuevo libro sobre la materia troyana que triunfará sobre todas las demás versiones conocidas y se convertirá en el texto canónico para los lectores renacentistas. Deseoso de responder a la demanda de su público, de ofrecer un producto nuevo puesto al día y de alcanzar una recepción más duradera, Juan de Burgos, refundidor de libros caballerescos, mezcla las *Sumas de Leomarte*, probablemente manejando una versión variante en circulación durante la segunda mitad del siglo XV, con la *Historia Troyana* de Guido de Columna, utilizando en este caso una traducción castellana de la que deriva la versión abreviada contenida en el manuscrito escurialense antes citado.¹² Las *Sumas* le brindan el cañamazo del libro sobre el que trabajar y una división del mismo en títulos (capítulos) numerados correlativamente que, en la fase final de su refundición, pretendía someter a una última reestructuración formal. Así se deduce del prólogo en el que Juan de Burgos anuncia una *ordinatio* del texto totalmente original frente a sus fuentes, consistente en la división de la obra en cuatro partes, correspondientes a cuatro grandes líneas argumentales o bloques temáticos, cuyo contenido resume especificando el número de capítulos que las conforman. Por comodidad o premura de tiempo, la *dispositio* proyectada no la llevó a efecto y el libro presenta una fisonomía similar a las *Sumas*, al estar ordenado en títulos. Sin embargo, no es el nombre de Leomarte el que elige como aval de su trabajo, sino la autoridad de Guido de Columna, cuya autoría, junto a la fecha de redacción del libro, 1287, y la dedicatoria originaria a Mateo de la Puerta, arzobispo de Salerno, pone al frente de su edición como carta de presentación, datos todos ellos que se respetarán hasta finales del siglo XVI sin cambios ni alteraciones en la nueva andadura impresa ahora iniciada.

El éxito del libro es tal que al año siguiente Fadrique de Basilea saca en Burgos una nueva edición del texto y en 1499 o 1500 Arnalt Guillén de Brocar, por mandado del mercader de libros italiano Juan Tomás Favario de Lumelo, imprime en Pamplona la que será la tercera edición de la *Crónica Troyana*.¹³ La localización de algunas de estas

¹² La mezcla de materiales ya fue señalada por A. Rey, ed., *Leomarte*, pp. 30 y ss., y posteriormente por H.L. Sharrer, «Juan de Burgos, impresor y refundidor de libros caballerescos», en *El libro Antiguo Español: Actas del primer Coloquio Internacional (Madrid, 18 al 20 de diciembre de 1986)*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1988, pp. 361-369. El proceso de refundición es similar al que siguen las adaptaciones francesas medievales de los *romans antiques*, incluida la *Destruction de Troiae* impresa en 1480, estudiados por A. Lökkös, «La production des romans et des récits aux premiers temps de l'imprimerie genevoise», en *Cinq siècles d'imprimerie genevoise. Actes du Colloque international sur l'histoire de l'imprimerie et du livre à Genève, 27-30 avril 1978*, ed. J.D. Candaux y B. Lescaze, Société d'histoire et d'archéologie, Ginebra, 1980, pp. 15-30 (esp. p. 24).

¹³ Para la descripción de estas ediciones, véase C. Haebler, *Bibliografía ibérica del siglo XV*, Martinus Nijhoff-Leipzig-Karl W. Hiersemann, La Haya, 1903, I, entradas 158, 159 y II, 158, 159; F. Vindel, *El arte tipográfico en España durante el siglo XV*, Ministerio de Asuntos Exteriores, Dirección General de Relaciones Culturales, Madrid, 1950, VI, entrada 22 y VII, entrada 12. Brocar adorna su edición con un grabado utilizado por Hurus, en 1493, para ilustrar la escena bélica de la edición zaragozana de *La cárcel de amor*.

ediciones incunables en emblemáticas bibliotecas da cuenta de la estima y consideración en la que se tenía un libro conceptualizado como una obra histórica y clásica antes que como una obra de ficción. La *princeps* burgalesa es quizá la registrada, junto a dos códices de la *Crónica Troyana*, en el inventario de los bienes de Isabel la Católica, realizado por Sancho de Paredes con anterioridad a 1501, y un ejemplar de la edición de Brocar, el que sería en los años siguientes el tipógrafo de Cisneros, figura, junto a otras traducciones romances, en la biblioteca universitaria de Alcalá ordenada por el Cardenal.¹⁴

Pero los avatares del libro no acaban aquí, pues en tierras sevillanas el texto sufre nuevas modificaciones antes de ver la luz en 1509.¹⁵ La edición impresa en Sevilla por Varela de Salamanca se ofrece como una primicia salida del estudio de Sevilla y revisada por Pero Núñez Delgado, humanista y canónigo de la catedral sevillana estrechamente relacionado con los Cromberger y con su imprenta así como con Juan Varela de Salamanca.¹⁶ El estudio de Sevilla o «Hispalensis academia» era uno de los círculos humanistas y erasmistas más destacados de España, conocido por editar textos latinos para estudiantes y por sus traducciones dirigidas a un público más amplio. El tema clásico y el carácter histórico de la obra movió sin duda alguna al canónigo citado, discípulo de Nebrija y traductor de la *Farsalia*, a sacar a la luz esta nueva adaptación de la *Crónica Troyana* que, sin embargo, y pese a lo que cabría esperar, introduce pocos cambios. En el colofón del libro, Núñez Delgado silencia el trabajo de Juan de Burgos y presenta un texto corregido y enmendado «en los vocablos y romances que en estas partes no se entendían, por ser el auctor de otra nasción y en otras muchas cosas que los que cotejaren el viejo testo con el nuevo podrán ver» (fol. CV). Del cotejo sugerido se deduce que su tarea se limita a una ligera modernización de la lengua y de la grafía de los nombres propios y a concluir la *ordinatio* iniciada por Burgos. Núñez Delgado respeta sin decirlo la *dispositio* propuesta en el prólogo de la edición burgalesa: divide el texto en cuatro libros, reparte los capítulos en la proporción sugerida, los renumera en cada libro y confecciona una tabla de capítulos acorde con dicha segmentación textual. Su comparecencia más clara se encuentra, sin embargo, al final del libro, en un breve epílogo de «Pero Núñez Delgado al lector», donde entra en polémica con las fuentes, en concreto con Virgilio, y ensalza por ejem-

¹⁴ F.J. Sánchez Cantón, *Libros, tapices y cuadros que coleccionó Isabel la Católica*, CSIC, Madrid, 1950, p. 48; J. García Oro, *El Cardenal Cisneros*, II, p. 457.

¹⁵ La *Crónica Troyana* supuestamente impresa por Jacobo Cromberger el 28 de octubre de 1502 citada, entre otros, por A. Rey y A. García Solalinde, *Ensayo de una Bibliografía de las leyendas troyanas*, p. 30, es un error, como apuntó J. Hazañas y la Rúa, *La imprenta en Sevilla. Noticias inéditas de sus impresores desde la introducción del arte tipográfico en esta ciudad hasta el siglo XIX*, Diputación Provincial de Sevilla, Sevilla, 1945, p. 77. La primera edición revisada por Núñez Delgado es, por tanto, la de Varela de 1509.

¹⁶ Para su figura, véase la documentación aportada por J. Hazañas y la Rúa, *La imprenta en Sevilla*, pp. 185 y ss.; sus relaciones con el estudio hispalense y con la familia Cromberger han sido tratadas por C. Griffin, *Los Cromberger. La historia de una imprenta del siglo XVI en Sevilla y Méjico*, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1991, pp. 55 y ss. Para su vinculación con Nebrija, véase M. Bataillon, *Erasmus y España*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991⁴, p. 27.

plar la castidad de Elisa Dido apoyándose en San Jerónimo, Justino, Boccaccio y Ausonio, del que traduce al castellano su epigrama referido a la desdichada Heroida, versos con los que cierra poéticamente la obra y da por concluida su tarea.

La impresión de la bula de cruzada lleva en 1509 a Varela de Salamanca a Toledo, lo mismo que unos años antes (1504-1508) la llamada del arzobispo Hernando de Talavera lo había conducido hasta Granada para imprimir libros religiosos. Entre 1510 y 1514, Varela trabaja en Toledo imprimiendo bulas de cruzada para el monasterio de San Pedro Mártir, que, como ya se ha comentado, por entonces tenía el monopolio de impresión. Aunque estas imprentas apenas daban abasto con la impresión de las bulas, siempre quedaba algo de tiempo para estampar otro tipo de obras. Varela llegó a Toledo con la última novedad salida de sus prensas sevillanas, con la *Crónica Troyana* revisada por Pero Núñez Delgado (1509), y en cuanto pudo hizo una nueva edición relativamente cuidada, adornada en la portada con un grabado que representa un ejército armado al asalto de una ciudad o castillo, probablemente el mismo que adornó la edición sevillana de 1509 y el que se reutilizó después, con ligeros retoques, en posteriores ediciones hispalenses, como en el *Libro del conde Partinuplés* (Cromberger, 1519) o en el *Tristán de Leonís* (Varela de Salamanca, 1525), aunque, como en otros tantos casos, tampoco guardan relación estas historias con la troyana. Al grabado se suman, además del escudo de armas real utilizado en otras ocasiones por Varela, dos capitulares historiadas de temática religiosa que bien podrían formar parte de algún alfabeto áureo.¹⁷

Con esta edición de Varela, la *Crónica Troyana* volvía de nuevo a tierras toledanas, quizá a sus primeros orígenes, pues de creer a Pérez de Guzmán, fue Ayala, a la sazón en 1360 alguacil mayor y en 1375 alcalde mayor de Toledo,¹⁸ quien la dio a conocer. Los manuscritos latinos del siglo XIV depositados en la catedral de Toledo, el ejemplar que poseía el arcipreste de Talavera, dan cuenta de la difusión que a lo largo de los siglos XIV y XV tuvo la obra entre el público toledano. El de principios del XVI iba a leer, sin embargo, un texto avalado por la tradición pero a la vez relativamente diferente, revisado y dispuesto conforme a los gustos de la época por un humanista, el sevillano Pero Núñez Delgado, en una edición que comenzaba a dar sus primeros pasos y que conocería hasta 1587 nueve reediciones; una trayectoria editorial muy distinta de la que conoció el viejo pero remozado *Cifar* cromberguiano editado ese mismo año (1512).¹⁹ El creciente interés por el mundo clásico, el carácter y apariencia de obra histórica que ya le confirió Guido de Columna fue lo que contribuyó desde antaño al crédito de la *Crónica Troyana* entre los letrados y sin duda a su extraordina-

¹⁷ V. Infantes, «Letras con historias. Apuntes sobre las capitulares figuradas en la cultura tipográfica del Renacimiento español (I)», *Pliegos de Bibliofilia*, III (1998), pp. 35-55. No figuran en los inventariados por Infantes ni por Griffin en su estudio del material de imprenta de los Cromberger.

¹⁸ E. Benito Ruano, *Toledo en el siglo XV*, CSIC, Madrid, 1961, p. 150.

¹⁹ Véase J.M. Cacho Bleuca, «El género del *Cifar* (Cromberger, 1512)», en *La invención de la novela*, ed. J. Canavaggio, Casa de Velázquez, Madrid, 1997, pp. 93-116.

ria difusión en el siglo XVI. Para los lectores medievales y también renacentistas, esta obra fue concebida como una narración histórica de sucesos acaecidos, recordados por orden cronológico, capaz de equipararse a los romanceamientos de los textos clásicos de César, Quinto Curcio, Josefo, Tito Livio, Plutarco, Séneca, Aristóteles, pensados para un público noble o burgués para quien la historia de Roma era popular porque la *militia* romana era vista erróneamente como fuente y espejo de la caballería medieval.²⁰ Pero además la troyana tenía el atractivo añadido de sus enredos amorosos, de la magia y la maravilla clásica, materiales todos ellos que los libros de caballerías españoles estaban haciendo suyos en un nuevo experimento narrativo que empezaba ya a dar sus primeros frutos.

2. SEGUNDO LIBRO DE LA «LA DEMANDA DEL SANTO GRIAL»,
JUAN DE VILLAQUIRÁN, 1515

La demanda del Santo Grial, publicada en Toledo por Juan de Villaquirán en 1515, pertenece a la tercera rama del *Roman del Graal* del ciclo de la *Post-Vulgata* o *Pseudo-Robert de Boron* y a una tradición textual compleja que arranca de 1291-1313.²¹ Este tercer ramo de la *Post-Vulgata* está formado a su vez por tres partes: el *Libro de Josep de Abarimatia*, la *Historia de Merlin* y la *Demanda del Santo Grial*. De la *Demanda* en concreto se han conservado dos versiones, una gallego-portuguesa y otra castellana, que no son traducciones independientes del francés, sino que ambas proceden de una misma traducción en una de estas lenguas peninsulares. Aunque las dos versiones se mantienen fieles en líneas generales a la fuente francesa, se introducen cambios en algunos pasajes con el fin, como ya señalara Bohigas y después Hall, de recuperar la concepción de la caballería tradicional.²²

De la primitiva versión castellana da cuenta el material incorporado por Lope García de Salazar en sus ya citadas *Bienandanzas* así como el manuscrito copiado en 1470

²⁰ Véase J.N.H. Lawrance, «The Spread of Lay Literacy in Late Medieval Castile», *Bulletin of Hispanic Studies*, LXII (1985), pp. 79-94, esp. pp. 87 y 89.

²¹ Para el contenido de esta tercera rama, véase P. Bohigas Balaguer, *Los textos españoles y gallego-portugueses de la «Demanda del Santo Grial»*, Imprenta Clásica, Madrid, 1935, pp. 13-15; M^aR. Lida de Malkiel, «La literatura artúrica en España y Portugal», en *Estudios de literatura española y comparada*, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1966, pp. 134-148; F. Gómez Redondo, *La prosa del siglo XIV*, pp. 119-149; P. Gracia, «El ciclo de la *Post-Vulgata* artúrica y sus versiones hispánicas», *Voz y letra*, VII:1 (1996), pp. 5-15.

²² Véase P. Bohigas Balaguer, *Los textos españoles y gallego-portugueses*, pp. 56-67; J.B. Hall, «La matière arthurienne espagnole. The Ethos of the French Post-Vulgate *Roman du Graal* and the Castilian *Baladro del sabio Merlin* and *Demanda del Sancto Grial*», *Revue de Littérature Comparée*, LVI (1982), pp. 423-436. El traductor adapta su versión a los prejuicios de un público hostil a la adversa crítica de la caballería, incluso de la caballería de ficción, postura explicable, en opinión de Hall, p. 435, por la especial naturaleza de la sociedad castellana durante la última Edad Media, donde la nobleza gracias a la guerra granadina todavía tenía su razón de ser.

por Petrus Ortiz, conservado hoy en la Biblioteca Universitaria de Salamanca.²³ Después de circular estos textos varios siglos en copias manuscritas, como los conoció y leyó Isabel la Católica, la imprenta los inmortaliza para la posteridad y amplía su público. El texto lo imprime por primera vez, en 1498, Juan de Burgos, ocho años después de la publicación de la *Crónica Troyana*. Bajo el título *La Demanda del Sancto Grial con los maravillosos fechos de Lanzarote y de Galaz su hijo*, editó realmente dos libros: el primero contiene la historia de Merlín, el popular *Baladro del sabio Merlín*, y el segundo la historia del santo cáliz, hoy perdida, dejando fuera el *Libro de Josep de Abarimatia*. La división de Juan de Burgos es deudora todavía de la segmentación originaria del ciclo artúrico y, como en aquél, los dos libros resultan dos obras autónomas. El texto conservado de esta *princeps* burgalesa, el *Baladro del sabio Merlín*, permite comprobar, más claramente que en el caso anterior de la *Crónica Troyana*, el papel refundidor de Juan de Burgos, las ampliaciones y supresiones de materia en relación con sus fuentes y otras versiones hispánicas, así como la contaminación del texto con el lenguaje retórico propio de la ficción sentimental,²⁴ una práctica que se hará habitual en los libros de caballerías españoles posteriores. Aunque no se conserva la edición burgalesa de la *Demanda* de 1498, ésta presumiblemente sufrió en manos de Juan de Burgos un proceso de refundición similar al del *Baladro*, muy evidente si se comparan las ediciones posteriores conocidas, la toledana de 1515 y la sevillana de 1535, con la versión portuguesa o con los textos franceses. Los textos españoles conservados revelan que el traductor español, al suprimir los episodios de carácter simbólico que habían sido respetados por el *Pseudo-Boron*, imprime al texto un carácter mucho más profano.

Diecisiete años después de la edición de Juan de Burgos, Juan de Villaquirán, oriundo de Villaquirán al sudoeste de Burgos, donde pudo trabajar como uno de los impresores anónimos que se inician en la profesión en esa ciudad y conocer de cerca la actividad del refundidor Juan de Burgos, publica de nuevo en Toledo la *Demanda*. De su edición sólo se ha conservado el segundo libro, encuadernado junto a un ejemplar de la edición sevillana del *Baladro* de 1535.²⁵ Como indica el colofón, con su edición Villaquirán pretendía que los lectores toledanos pudieran conocer toda la historia de la tabla redonda, su principio y su fin, así como las vidas y acabamiento de sus ciento cincuenta caballeros, unos héroes que, además de la edición burgalesa de la

²³ Véase H.L. Sharrer, *A Critical Bibliography of Hispanic Arthurian Material*, I, Grant and Cutler, Londres, 1977, pp. 33 y ss., y *The Legendary History of Britain*, pp. 17-21.

²⁴ H.L. Sharrer, «Juan de Burgos, impresor y refundidor de libros caballerescos», p. 364; B. Morres, «Los problemas ecdóticos del *Baladro del sabio Merlín*», en *Actas del I Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval, Santiago de Compostela, 2 al 6 de diciembre de 1985*, ed. V. Beltrán, Promociones y Publicaciones Universitarias, Barcelona, 1988, pp. 457-471.

²⁵ H.O. Sommer, «The Queste of the Holy Grail Forming the Third Part of the Trilogy Indicated in the *Suite du Merlin* Huth Ms.», *Romania*, XXXVI (1907), pp. 369-402, sugiere que un librero o coleccionista, poseedor de dos copias incompletas de las ediciones de 1515 y 1535, las unió en un único volumen para formar una copia completa, sin duda más barata que la edición original compuesta por los dos libros.

Demanda, Rodríguez de Montalvo había también recuperado en sus cuatro primeros libros amadisianos y que fuera de la Península seguían cautivando las ensañaciones caballerescas del público europeo. Del originario sustrato religioso del libro, que permitió que algunos fragmentos del mismo circularan con otros textos religiosos, apenas queda nada. En su larga andadura, el libro ha perdido su antiguo poso religioso y se entiende como una obra profana, aunque todavía en el capítulo LII de la edición toledana se respeta el nombre de su primitivo compilador, el religioso Joannes Bivas (Juan Vivas), o aunque algunas de las últimas aventuras (capítulos CCCLXXV y ss.) no estén exentas de religiosidad y misticismo. Villaquirán imprime el libro en los años en los que todavía contaba con el respaldo económico de Melchor Gorrício, el colaborador de Cisneros; sin embargo, la obra, pese a sus originarios ribetes religiosos, no entraba en los planes editoriales del Cardenal y probablemente fue el mismo Villaquirán quien costeó la edición, iniciando con ella la publicación de textos caballerescos, hecho que será una constante en su trayectoria posterior.

3. GABRIEL VELÁZQUEZ DE CASTILLO, «CLARIÁN DE LANDANÍS», VALLADOLID, JUAN DE VILLAQUIRÁN, 1518

Tres años después de publicar la *Demanda*, Villaquirán saca a la luz un libro de caballerías original, el *Clarián de Landanís*, escrito por Gabriel Velázquez de Castillo, vecino de Guadalajara, la patria de la poderosa familia de los Mendoza con la que quizá podría estar relacionado.²⁶ El privilegio real para la publicación del libro está firmado por Francisco de los Cobos, secretario del Rey, en Valladolid, el 18 de marzo de 1518, es decir a los pocos meses de la llegada de Carlos I a España y durante su estancia en Valladolid.²⁷ La obra está dedicada a Charles de Mingoval, también conocido como Carlos de Lannoy, caballero mayor y consejero del joven monarca, un hombre aficionado a los torneos y justas caballerescas como demostró brillantemente en los celebrados Valladolid en 1517 y 1518, festejos que presenciaron la flor y nata de la nobleza castellana tal y como registra el ayuda de cámara y cronista ocasional de su majestad Laurent Vital.²⁸ Atraído por sus gustos caballerescos y por su proximidad al

²⁶ Su vinculación a la familia de los Mendoza la sugiere A.J. González Gonzalo en el estudio que acompaña a su edición del *Clarián* en la que será su futura tesis doctoral. Para una primera aproximación al libro, véase, además de la edición de G. Anderson (Juan de la Cuesta, Newark [Delaware], 1995), la guía de lectura caballerescas *Clarián de Landanís*, de A.J. González Gonzalo, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1998.

²⁷ Carlos I y su séquito permanecen en Valladolid hasta el 22 de marzo de 1518, es decir, el privilegio está firmado cuatro días antes de su partida hacia Aranda de Duero, véase la descripción del viaje de L. Vital, *Relación del primer viaje a España de Carlos I con su desembarco en Asturias*, presentación de I. Gracia Noriega, Gea, Oviedo, 1992.

²⁸ Además de los torneos en los que actuó como mantenedor, durante su estancia en Valladolid Mingoval organizó en los meses de enero y febrero de 1518 otras dos empresas caballerescas de clara impronta

Rey, afecto igualmente a las caballerías –recuérdese que *Le chevalier délibéré* de Olivier de la Marche era su libro de cabecera–, Velázquez de Castillo dedicó el *Clarián de Landanís* a su influyente persona. Salvado el obstáculo del idioma, asunto no baladí, en la obra española Carlos de Lannoy y el mismo Carlos I iban a encontrar recreado un mundo de caballerías más próximo y cercano a la realidad que dejaban atrás que a la que empezaban a descubrir. La geografía centroeuropea elegida por el autor para ambientar esta «novela septentrional», como la califica Roubaud,²⁹ el origen del héroe, las alianzas territoriales, hablan entre líneas de la nueva monarquía de los Habsburgo. La aventura de la cueva de Hércules, sin duda la más relevante y significativa del libro, podría tener para ambos un valor emblemático habida cuenta de la significación que el héroe clásico encerraba para la corte borgoñona como representante del ideal del caballero cristiano.

De la corte vallisoletana, donde obtiene el privilegio, la obra pasa a Toledo para ser impresa por Juan de Villaquirán, a costa del mercader de libros, y después impresor, Gaspar de Ávila. Su olfato comercial, unido quizá a su atracción por el mundo de la caballería, le llevó a sacar a la luz esta incierta publicación con cuyo manuscrito pudo hacerse en los meses de la estancia del monarca en Valladolid. Es incierta por varios motivos: primero por su originalidad, pues, aunque el género iba en alza, hasta entonces en Toledo no se habían impreso más que las reediciones de las viejas obras caballerescas citadas o relatos caballerescos breves; segundo, por la dedicatoria y el clima político que se respiraba en la ciudad imperial, donde las grandes familias nobiliarias estaban enfrentadas apoyando unas a Fernando y otras a su hermano Carlos. Con la publicación, Ávila y Villaquirán declararon abiertamente su postura y persiguieron ganar no sólo el favor del caballero del Rey, sino en último término el de Carlos y el Chievres, el gran chambelán de joven monarca, quien manejaba la política del momento y quien había colocado a su sobrino Guillermo de Croy en la vacante sede arzobispal toledana tras la muerte de Cisneros.

Gaspar de Ávila y Villaquirán no escatimaron medios en la publicación de este libro de caballerías y lo adornaron con un bello grabado compuesto para la ocasión, estampa en la que se recrea el pasaje en el que Gradamis aparece en un carro acompañada por su séquito (capítulo XXXIX), desechando así la típica estampa del caballero a caballo que hasta entonces había adornado otros libros de caballerías. Presumiblemente, los toledanos acogieron el libro con agrado, especialmente la gran aventura en la que Clarián entra en la emblemática gruta de Hércules y descubre los misterios en ella secularmente encerrados. Aunque en la obra la gruta se localiza en Cotuma y el obispo Faderico de Maguncia, segundo traductor del libro, «escrive que en

artúrica, véase L. Vital, *Relación del primer viaje a España de Carlos I*, caps. LXVII, LXXI-LXXV. Para las relaciones de Mingoal con el monarca véase, entre otros, K. Brandi, *Carlos V. Vida y fortuna de una personalidad y de un imperio mundial*, Fondo de Cultura Económica, México, 1979.

²⁹ S. Roubaud, «Calas en la narrativa caballerescas renacentista: el *Belianís de Grecia* y el *Clarián de Landanís*», en *La invención de la novela*, pp. 49-91, esp. p. 74.

algunas historias italianas que él leyó se haze memoria de la gruta de ércoles» (p. 437), los toledanos sin lugar a dudas la asociarían con la cueva de Hércules de su ciudad, uno de los elementos más íntimamente ligados al mito de la propia urbe, a sus orígenes y a la leyenda-historia del rey Rodrigo.³⁰ Velázquez de Castillo descubre para los toledanos el secreto que Hércules guardó en la cueva, en cuyo interior, en lugar de las coronas y candados de los reyes pasados, de las amenazantes pinturas de los árabes invasores, Clarián encuentra bultos o figuras de los grandes héroes y heroínas artúricos y troyanos, destacando sobre todas ellas las de Hércules y Héctor. La aventura en este caso no acaba en tragedia, sino con el reconocimiento de Clarián como caballero excepcional, digno de sentarse en la mesa de los míticos héroes, junto a Sansón, Judas Macabeo, Hércules y Héctor. A partir de la leyenda recogida con variantes en diferentes fuentes cronísticas, en *La Crónica del Moro Rasis*, en la *Crónica de 1344*, en la *Crónica Sarracina* de Pedro del Corral, en el *Victorial* de Gutierre Díaz de Gamés o en la *Atalaya de las Crónicas* del arcipreste de Talavera, Velázquez de Castillo construye una aventura al mejor estilo caballeresco, repleta de peligros, magia, maravillas y ribetes clásicos que el público en general, y el toledano en concreto, acogerían con agrado. La prueba más evidente de la buena recepción que el libro tuvo en la ciudad imperial se encuentra en las continuaciones posteriores que conforman un nuevo ciclo caballeresco editado casi en su totalidad en Toledo, en las mismas prensas de Villaquirán y Gaspar de Ávila durante los revueltos años de las comunidades.³¹

En el plazo de seis años, entre 1512 y 1518, los tres títulos comentados, la *Crónica Troyana*, la *Demanda del Santo Grial* y el *Clarián de Landanís*, acercan a los lectores toledanos diferentes modalidades de la prosa caballeresca, una prosa con visos históricos o ribetes religiosos, según los casos, bajo los que se oculta no obstante la ficción más pura. La apuesta de los impresores por la narrativa caballeresca puede explicarse por el interés de su temática, la caballería en su sentido más amplio, en una ciudad convulsa y agitada que siempre sirvió lealmente a los Reyes Católicos y después al regente Cisneros con hombres y dinero en las diferentes campañas militares, en una ciudad en la que las grandes familias nobiliarias, Ayalas y Silvas, representantes de una nobleza territorial, cortesana y ciudadana a un mismo tiempo, mantenían toda-

³⁰ La leyenda de la cueva de Hércules en Toledo cuenta con una larga tradición recordada por F. Ruiz de la Puerta, *La cueva de Hércules y el Palacio encantado de Toledo*, Editora Nacional, Madrid, 1977. A lo largo del siglo XVI, y merced también a la unión entre la dinastía de los Habsburgo y Hércules, la figura del héroe aparece numerosas veces en las fiestas de la ciudad, véase R. Díez del Corral Garnica, *Arquitectura y mecenazgo. La imagen de Toledo en el Renacimiento*, Alianza, Madrid, 1987, cap. VII.

³¹ Concretamente Villaquirán y Gaspar de Ávila imprimen en Toledo, en 1522, 1524 y 1528, tres de las continuaciones que conforman el nuevo ciclo caballeresco. El segundo libro se debe al médico toledano converso Alvar Gómez de Castro, como muy bien ha estudiado J. Guijarro en su tesis doctoral inédita *Edición y estudio del segundo libro de «Don Clarián de Landanís»*, Universidad de Salamanca, 1999. Durante su estancia en Valladolid, Villaquirán se arriesgará en otra incierta empresa caballeresca, en la publicación del *Cristalián*, un libro de caballerías escrito en este caso por una mujer y de nuevo dedicado a la monarquía, al príncipe Felipe, hijo de Carlos V.

vía en los albores del siglo XVI duros enfrentamientos y en la que en alguna ocasión se intentó sin éxito, por parte del Ayuntamiento y del Cabildo, una concordia entre todos los caballeros, escuderos e hijosdalgo para alcanzar una paz duradera, extensible también a esa masa popular urbana excitable e indisciplinada.³² Cuando las escaramuzas dejaban un respiro para la convivencia pacífica, en los salones de los grandes señores o de los preladados se cultivaba la poesía, una poesía cortesana en la que en ocasiones el tema de debate era la buena gobernación y la caballería, como ya se ha comentado. En este ambiente, no es de extrañar que la prosa caballerescas, en cualquiera de sus modalidades, tuviera una buena acogida entre el público toledano y que incluso no fuera mal vista por el mismo cardenal Cisneros, de «natura belicoso», como lo califica Diego Pérez de Vargas en una de sus cartas enviadas durante la campaña navarra, aunque por supuesto la publicación de estas obras no entrara en sus proyectos editoriales aun a sabiendas que desde ellas también podía ejercerse la propaganda de la monarquía por él tan deseada.³³

Por otro lado, la elección de los títulos caballerescos publicados por la imprenta incunable toledana es sintomática porque evidencia una realidad común al resto de Europa: la falta de obras caballerescas originales nuevas, una carencia que obliga a recuperar los viejos textos caballerescos manuscritos con más de dos siglos a cuestas y a insuflarles nueva vida.³⁴ Si los refundidores y editores adaptan el espíritu de estos libros al contexto y a la realidad del momento, a la demanda y a los gustos de los lectores quinientistas, la imprenta les confiere una nueva fisonomía y estos clásicos del género pueden pasar como novedades editoriales. Las prensas toledanas contribuyen a esta tarea de relanzamiento reeditando por primera vez las nuevas versiones impresas de la *Crónica Troyana* y la *Demanda del Santo Grial*, impresiones que dan el espaldarazo definitivo a la nueva vida en letras de molde de estos viejos libros y suponen una etapa más de su azaroso recorrido textual iniciado allá por el siglo XIV. Tradición e innovación aseguran en este sentido la buena recepción del vino viejo en odres nuevos en los albores del siglo XVI. Las ediciones toledanas de estas obras de la materia artúrica y troyana ayudaron sin duda alguna a mantener vivo el espíritu universal de estos libros y aunaron voluntades en festejos caballerescos como los celebrados en Valladolid en el primer viaje de Carlos I (1517-1518), donde flamencos, franceses,

³² El 12 de diciembre de 1506, pocos meses después de la muerte de Felipe el Hermoso, se concertó dicha concordia, cuyo texto edita y comenta E. Benito Ruano, *Toledo en el siglo XV*, p. 130 y apéndice 97, p. 305.

³³ Véase J. García Oro, *El Cardenal Cisneros*, I, p. 94. La propaganda en favor del proyecto político de la monarquía puede verse claramente en los libros de caballerías precedentes, véase M^c. Marín Pina, «La ideología del poder y el espíritu de cruzada en la narrativa caballerescas del reinado fernandino», en *Fernando II de Aragón, el Rey Católico*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1996, pp. 87-105.

³⁴ La necesidad de textos nuevos en lengua vulgar obligó a reeditar obras literarias cercanas al entorno de los reyes y de las cortes principescas y localizadas en las bibliotecas de los grandes señores, donde los impresores podían encontrar copias manuscritas. El fenómeno es similar al estudiado por D. Coq, «Les débuts de l'édition en langue vulgaire en France: Public et politics éditoriales», *Gutenberg-Jahrbuch*, LXII (1987), pp. 59-71, esp. p. 65, en las letras francesas.

ingleses, españoles y todos los allí presentes respondieron a la llamada de la aventura artúrica por encima de las diferencias idiomáticas y culturales.

La apuesta más arriesgada de los impresores toledanos es, en este sentido, el *Clarrián*, un extenso libro de caballerías original que, aunque viene avalado por el creciente éxito de un género en formación con más de media docena de títulos ya en su haber (*Amadís de Gaula*, *Las sergas de Esplandián*, *Florisando*, *Lisuarte de Grecia*, *Palmerín de Olivia*, *Primaleón*, *Floriseo*, *Arderique*), siempre resulta una empresa costosa e incierta. Como hicieran poco tiempo antes Coci, Cromberger, Porrás o Viñao, Villquirán y Ávila apostaron por las nuevas modas y por un próspero y rentable género editorial que gracias a ellos entonces empezaba a despegar en Toledo. En los años siguientes, la imprenta toledana, junto con la sevillana, será un importante centro impresor y distribuidor de libros de caballerías y las bibliotecas, a diferencia de las del siglo XV, empezarán a llenarse de estas obras tan criticadas por Cartagena en su *Doctrinal de caballeros* y después por tantos autores graves del siglo XVI. El depósito de libros que figura en el inventario de bienes del impresor toledano Juan de Ayala, realizado en 1556, así como las diferentes ediciones de libros de caballerías salidas de la imprenta toledana desde 1518 hasta mediados de siglo dan cuenta de la extraordinaria difusión de la narrativa caballeresca por la ciudad imperial.³⁵ No es de extrañar por ello que Cervantes encontrara la historia de don Quijote entre los papeles viejos del mercado toledano (I, 9), donde desde antaño la narrativa caballeresca circuló profusamente en manuscritos y en letras de molde.

³⁵ Un recuento de todos los libros de caballerías publicados en Toledo por esas fechas lo ofrece J.M. Lucía Megías, «Un *Palmerín de Olivia* recuperado: Toledo, ¿Juan Ferrer?, 1555 (Biblioteca del Palacio Real: I.C.91)», *Voz y Letra*, VI (1995), pp. 41-57; para el inventario citado, véase A. Blanco Sánchez, «Inventario de Juan de Ayala, gran impresor toledano (1556)», *Boletín de la Real Academia Española*, LXVIII (1987), pp. 207-250.